



Yo mismo buscaré a mis ovejas.
(Ez. 34:11)

18 de Junio 2004

04/109

Muy queridas Hermanas:

Al comenzar esta carta quiero contarles que, a diferencia de cartas anteriores, ésta ha tenido un “nacimiento difícil”. Me siento responsable de compartir alguna reflexión que nos una como Sociedad en nuestra Fiesta, pero ante el sufrimiento del mundo en los últimos meses, sentía que no sabía cómo formular una palabra de ayuda y consuelo que a la vez, nos una y desafíe. Durante la Asamblea Plenaria de la UISG en mayo, se nos pidió compartir en nuestras mesas la respuesta a esta pregunta “¿Cómo crees que Dios mira el mundo hoy?”. Mi respuesta espontánea fue: “A través de las lágrimas...”

Soy muy consciente que el mundo está peor que hace un año, que el miedo del que hablé el año pasado ha aumentado, que muchas de ustedes están tratando de hacer frente a situaciones desesperadas con valor y esperanza o que aunque no hayan sido afectadas por situaciones de violencia o desastres naturales, están viviendo en solidaridad y angustia con aquellos que los sufren. Cada día nos trae noticias de sufrimiento y desesperación que rompen nuestros corazones porque somos parte de la familia humana. Ya sea un prisionero iraquí humillado y torturado, o un sudanés que huye hacia el Chad dejando atrás su pueblo y todas sus pertenencias quemadas, o un haitiano que experimenta no sólo el espantoso colapso de su gobierno sino el horror de ver a su familia y su morada arrastradas por un torrente de barro y agua; Y estos son sólo acontecimientos recientes. A menudo las noticias callan la violencia permanente en países como Uganda, Congo, Colombia, India, Indonesia...

Ninguna de nosotras está libre de la realidad de opresión. Vivimos en países opresores u oprimidos, o las dos cosas simultáneamente. La impotencia que sentimos puede abrumarnos, y yo la padezco tanto como ustedes. **Estamos experimentando el fracaso de la humanidad para amar.** Recuerdo las sencillas palabras de una joven mujer judía, Etty Hillesum, escritas en 1942 mientras esperaba su suerte en un campo de concentración: “*Yo creo quizá ingenuamente, pero con convicción, que si este mundo se convierte en un lugar más habitable, será sólo a través del amor; el amor del que el judío Pablo habla a los Corintios en el capítulo 13 de su primera carta...*”

Dado este panorama de un mundo que aparentemente camina hacia la destrucción, puede parecer extraño que en Corea intuyéramos de que el momento actual de la vida de la Sociedad es “**tiempo de gracia**”!. Penetrando en nuestra fe que nos dice que cada momento es un momento de gracia, (como lo recuerda la liturgia del Miércoles de Ceniza: “¡Mirad, **ahora** es tiempo favorable, **ahora** es día de salvación!” 2 Cor 6,2) experimentamos especialmente el lado positivo de nuestra disminución. Ahora, nueve meses después, creo que también podemos decir que **la desesperada situación presente de nuestro mundo ES un tiempo de gracia para nosotras**: una invitación a actuar desde la fe, a creer como nunca antes que el amor es más fuerte que el odio, que derriba nuestro miedo, que ha sido sembrado en nuestros corazones, y en el corazón de millones de personas de toda raza y religión, por el Espíritu Santo que habita en nosotros y en el corazón del universo.

Al acercarnos a la celebración de la Fiesta del Sagrado Corazón, el Corazón traspasado de Jesús, me pregunto: ¿Qué podemos hacer realmente para incidir en nuestro mundo? ¿Qué llamada percibimos en este momento, que está a nuestro alcance y que cada una de nosotras puede responder? Mi respuesta es muy sencilla y al mismo tiempo nada fácil. Volviendo a las palabras de Ety Hillesum, creo que es una llamada a **profundizar nuestro amor**. Es la llamada de cada cristiano, lo único a lo que Jesús urgió a sus discípulos sólo unas horas antes de su muerte, y ahora, 2000 años después, su oración “que todos sean uno” parece un sueño imposible. Pero no debemos caer en la desesperación! Debemos seguir creyendo que otro mundo *es* posible y que nosotras, por nuestra vocación, tenemos un papel que jugar en esa transformación.

Como Religiosas del Sagrado Corazón que tienen la misión de descubrir y manifestar el amor de Su Corazón, **el amor ha labrado nuestra identidad; es nuestro deseo y nuestra alegría**. Es también nuestro constante desafío, y nuestros fracasos en el amor nos hacen sufrir y a veces nos avergüenzan porque nosotras deberíamos ser expertas en amar. En Corea, las superiores provinciales, de distrito y área, representantes de cuarenta y cuatro países exclamaron con apremio y vehemencia: “Necesitamos amarnos más unas a otras!” y comentamos que no hay mejor “visibilidad” que la de nuestro amor por cada una. En ese momento imaginé un tiempo en que otros, al mirarnos, dirían con las palabras de los que veían a los primeros cristianos “¡Miren como esas RSCJ se aman unas a otras!”. Seguro que Sofía experimentó muchas veces en su vida ese mismo deseo. El ser conscientes de nuestros fracasos en el amor no es algo nuevo, y pertenece a nuestra fragilidad humana. ¡Tenemos tan claro en la cabeza nuestra llamada a amar! ¿Qué le pasa a nuestro corazón que sucumbe tan rápidamente cuando tratamos de vivir lo fundamental de nuestra vocación?

Sé que donde hay dificultad para amar hay necesidad de algún tipo de **reconciliación**. Robert Schreier, C.P.P.S. que ha escrito libros y artículos sobre Reconciliación, señala que en ella *la iniciativa para ofrecer perdón o pedir misericordia viene de Dios*.¹ No transformamos nuestros propios corazones sólo por querer hacerlo. Estoy recordando una experiencia en Zaragoza, pocos días después del ataque terrorista en Madrid. Fuera de la Catedral, en el pavimento, delante de una imagen de María, entre velas encendidas y otros recuerdos por los muertos, había una conmovedora oración: “Padre, perdónalos porque yo no puedo...”

Si la iniciativa viene de Dios, entonces lo que se nos pide es tener una **actitud contemplativa**: escuchar, esperar y confiar, atentas siempre a los movimientos del Espíritu en nuestros corazones. A menudo rezo con las palabras que el Padre Pedro Arrupe S.J. dijo en la Congregación General (Capítulo) en el contexto de su renuncia como superior general:

¹ “Una Espiritualidad de la Reconciliación”, Boletín de la UISG, No. 123, 2003

Yo me siento más que nunca
en las manos de Dios.
Es lo que he deseado toda mi vida,
desde joven.
Y eso es también lo único
que sigo queriendo ahora.
Pero con una diferencia:
Hoy toda la iniciativa la tiene el Señor.
Les aseguro que saberme y sentirme
totalmente en sus manos
es una profunda experiencia.

No quisiera pensar que tenemos que esperar a ser ancianas o enfermas para permitir a Dios que tome la iniciativa en nuestras vidas, para ser **mujeres de contemplación, abiertas a recibir el don del perdón y el don de ofrecer misericordia**, cuando nuestra vida o la de quienes están a nuestro alrededor, necesite sanación. “**¡Ahora** es tiempo favorable, **ahora** es día de salvación!” Pidamos estar abiertas y atentas a la gracia para reconciliarnos con nosotras mismas: nuestras limitaciones, errores, nuestra salud, edad... Pidamos estar abiertas y atentas a la gracia para reconciliarnos con miembros de nuestras familias, de nuestra comunidad o provincia, con compañeros, con la Sociedad, nuestro país, nuestra cultura, con la Iglesia, con la tierra y quizá hasta con Dios. Si somos conscientes que nuestro ser está “bloqueado” o “atascado”, con sentimientos de amargura o animosidad, pidamos la gracia de abrirnos para pedir y recibir ayuda. Algunas veces nosotras somos llamadas a ofrecer un “espacio seguro” a quienes lo necesiten para su propia reconciliación.

Cada vez que experimentamos o somos testigos de la reconciliación en nosotras mismas o con otros, sabemos que verdaderamente es un **momento de gracia**. Quizá el deseo de Sofía “si me fuera dado volver a vivir, sería sólo para obedecer al Espíritu Santo” puede entenderse también en este contexto. Releyendo su vida nos podemos preguntar: ¿lamentó las ocasiones en las que no estuvo abierta a la reconciliación, en las que pudo haber facilitado la “unión de espíritus y corazones” y no lo hizo, lamentó no haber ofrecido perdón antes que se lo hubieran pedido? Nunca lo sabremos. Pero ciertamente para nosotras es una llamada su convicción de que la atención al Espíritu es nuestra forma de vida.

Una convicción compartida por quienes tienen un fuerte sentido ecológico y por los creyentes de tradiciones religiosas asiáticas como el Budismo, es que todos los elementos de nuestro planeta - y aún del universo - están interconectados. En este sentido, no se trata de estar reconciliado con uno mismo *y después* gestar la reconciliación en nuestro mundo, sino de creer que **cada acto o gesto de reconciliación contribuye en sí mismo a la armonía de nuestro mundo**, es una hebra más en la red de la paz. Y nuestro amor, hace más hondo el amor en el mundo.

Cualquier esfuerzo por pequeño que parezca, es significativo para sanar las heridas de la injusticia, ya sea firmar de una petición contra la deuda externa, o un llamamiento al gobierno oficial a responder por algo, o la participación en una marcha por los derechos humanos, o enseñar a niños a resolver sus conflictos en paz. El Espíritu, en quien todos somos UNO, habita en nuestros corazones e inspirará nuestra acción. Estemos abiertas, atentas y seamos valientes.

Ahora nos vamos a centrar en la liturgia que celebraremos el 18 de junio. La fiesta del Sagrado Corazón es una de las fiestas que tiene tres posibilidades de lecturas. En un ciclo de tres años, la Iglesia nos ofrece, desde varias perspectivas, la riqueza del misterio inabarcable del amor de Jesús. El escuchar la Palabra de Dios, “viva y activa” como la describe Pablo, nos puede hacer

penetrar cada vez más profundamente en el misterio que contemplamos. El tema de las lecturas de este año es el buen pastor (Ez 34,11-16 y Lc 15,3-7). Cuando rezaba con estos textos durante mi retiro, me di cuenta de una manera nueva, que son una bella expresión de cómo Dios, Padre y Madre, nos asegura que toma la iniciativa y nos muestra cómo amar con un amor que reconcilia.

En el texto de Ezequiel, que compartimos con nuestras hermanas y hermanos judíos, Dios dice: “**Yo mismo buscaré a mis ovejas...** seguiré el rastro de mis ovejas... salvándolas de la oscuridad... las sacaré... las congregaré... las traeré a su tierra... las apacentaré... las haré sestear... buscaré las perdidas... recogeré a las descarriadas... vendaré a las heridas... curaré a las enfermas... a las gordas y a las fuertes las guardaré... las apacentaré como es debido.” Dios bien hubiera podido decir “Yo seré para ellas una verdadera *madre*; amándolas les enseñaré cómo amar.” Porque esta es una descripción del amor materno, el amor más entregado que conocemos.

En el evangelio de Lucas, Jesús da por hecho que cualquiera que pierda una oveja dejará las noventa y nueve restantes para buscar la perdida *hasta encontrarla!*. Otra vez un amor materno. Quizá esa es la calidad de amor que necesitamos, un amor que no ve un “niño problema” sino su herida interior, anhelando ser curada. Y cuando la curación llega hay una gran alegría. Este es el tipo de corazón con el que deseamos ardientemente unirnos y conformarnos.

Los versículos de la segunda lectura de Pablo a los Romanos (5,5b-11) son continuación de estas palabras: “Más aún, nos gloriamos hasta en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce la paciencia, la paciencia, virtud probada; la virtud probada, esperanza, y la esperanza no falla, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado...” En paciencia, virtud probada y esperanza, alegrémonos por este don del amor. Que nosotras, mujeres de compasión, reconciliación y comunión, continuemos descubriendo la profundidad de este amor, estemos siempre abiertas a recibir la gracia del perdón y a pedir misericordia, viviendo comprometidas con el continuo trabajo de reconciliación de Cristo, permanezcamos firmes en la fe de que cada momento es un momento de gracia.

Este año celebramos en Roma un triduo de fiestas en tres días sucesivos: el Sagrado Corazón de Jesús, el Corazón Inmaculado de María y la Profesión de nueve jóvenes profesas. Unámonos en espíritu de gratitud y alegría a través del mundo ¡COR UNUM ET ANIMA UNA IN CORDE JESU!.

Con mucho cariño por cada una

Clare Pratt, rscj
Superiora General